

LA REPUBLICA DE WEIMAR Y SU SIGNIFICADO PARA LA HISTORIA POLITICA CONTEMPORANEA DE EUROPA.

PATRICIO CARVAJAL A.

Universidad Gabriela Mistral

La república de Weimar (1919-1933) constituye sin duda una etapa decisiva no sólo para la historia de Alemania sino también para Europa. La derrota militar de 1918 fue mucho más significativa en el plano político que en el plano estrictamente militar. En efecto, el término de la guerra desencadenará también la disolución del sistema autocrático del II Reich. De este modo el imperio -Reich, cuyo último Kaiser fue Guillermo II- es reemplazado por un sistema político democrático parlamentario y representativo. Así, bajo la inspiración del ideario de la socialdemocracia alemana comienza el proceso de transición política desde un sistema autocrático a otro democrático. Pero en este preciso momento empieza a gestarse la tragedia de Alemania, la que desembocará en 1933 con la llegada de los nazis al poder y la instauración de una dictadura-tiranía hasta 1945.

Ahora bien, ¿por qué fracasó la democracia de Weimar? Para contestar a esta pregunta dividiremos nuestro análisis en 2 planos: crisis interna y crisis externa.

I. La Crisis Externa

La Primera Guerra Mundial

La I Guerra Mundial ha sido considerada -acertadamente- por el historiador E. Nolte como el primer capítulo de la guerra civil europea del siglo XX. Este primera etapa se salda con la derrota militar indiscutible de Alemania -contrariamente a lo que sostiene cierta historiografía revisionista- y en consecuencia, constituye el fracaso de la política militar del Kaiser Wilhelm II y de su estado mayor: P. von Hindenburg y E. Ludendorff. Mientras Guillermo II y Ludendorff no jugarán más ningún papel político relevante en la vida política de

Alemania, luego de 1918; Lúndendorf, en cambio, sellará con su participación -como presidente de la república- la suerte de la República de Weimar.

La I Guerra Mundial, esta vez entendida como conflicto específico entre Alemania y Francia, constituyó el penúltimo capítulo de una larguísima controversia entre ambos Estados. En efecto, desde el siglo XVI Francia y Alemania han tenido permanentes disputas territoriales. Con el término de la I Guerra, Francia celebrará, por breve tiempo, un nuevo triunfo sobre su secular enemigo. Pero sería un éxito efímero y que en sí traerá el germen de un nuevo y más grave conflicto: la II Guerra Mundial.

La Revolución Rusa de 1917

Una de las primeras consecuencias de la I Guerra Mundial fue la revolución Rusa. La sostenida y genial campaña propagandística de Lenin y del partido bochevique en contra de la guerra y del imperialismo europeo, rindió sus frutos de inmediato. El lema del ejército y de la sociedad rusa está patéticamente contenido en la obra del poeta B. Paternak: «Por la Paz y por el pan». Los revolucionarios rusos, a diferencia de los alemanes, consiguieron en sólo 9 meses imponer la revolución comunista. Este fue el primer fracaso de la socialdemocracia europea para transitar de la autocracia a la democracia. El impacto de la revolución rusa fue profundo en Alemania. Así, por ejemplo, al menos en el plano ideológico, la Rusia bolchevique será el primer y más importante adversario de la República Weimar y de la democracia liberal que ella representa.

El Tratado de Versailles (1919).

En la historia de la diplomacia y de las relaciones internacionales del Estado moderno el tratado de Versailles es comparable por su importancia con los tratados de Westfalia (1648) y de Viena (1814). Pero a diferencia de Westafalia y Viena, que consolidaron la política de equilibrio y la hegemonía de Francia e Inglaterra, respectivamente, asegurando una paz y estabilidad política relativa para Europa, Versailles se muestra de inmediato como inoperante. Con este tratado Francia quiso consolidar por vía diplomática la tendencia expansionista de su política internacional, inaugurada en el S. XVI por Francisco I y continuada magistralmente por Richelieu, Mazarin, Luis XIV y Napoleón. Un observador británico a las conferencias de Paz, Lord Keynes, del cual no se podría sospechar un

sentimiento de germanofilia, en una obra clásica en la historia de la diplomacia: «Las consecuencias económicas de la Paz», no pudo menos que denunciar abiertamente la falta de criterio -estupidez, es el término que emplea- y de realismo político del gobierno francés al imponer un tal tratado.

El Tratado de Versailles -Diktat, para los alemanes- impuso condiciones realmente oprobiosas, material y espiritualmente, al gobierno y pueblo alemán. Alemania, de acuerdo al plan de reparaciones del economista francés J. Seydoux, debía pagar un total de 269 mil millones de marcos-oro, suma que debía ser amortizada en 42 anualidades. Esto significaba una obligación de pago hasta la década de 1980! Alemania sólo pudo cumplir con la primera cuota. La desmovilización, el desempleo, la recesión internacional que comenzaba y la crisis de la industria alemana misma fueron factores que hicieron imposible la continuidad en el pago de las reparaciones.

Otra cláusula del tratado de Versailles estipulaba la aceptación de la responsabilidad moral de la guerra por parte de Alemania. Esta cláusula, exigencia aberrante, propia de la antidiplomacia, contribuyó decididamente a la imposibilidad de toda solución negociada entre ambos Estados. Con ella Francia demostraba un mal disimulado espíritu revanchista sobre su enemigo secular. El rechazo al contenido del Tratado de Versailles fue unánime entre los alemanes. La aversión alemana al Diktat de Versailles está patéticamente expresada en el título de la obra del jurista Carl Schmitt: «Positionen und Begriffe. Im Kampf mit Weimar -Gengf- Versailles 1923-1939».

Versailles no sólo sepultó las esperanzas del presidente Wilson (lucha por la democracia), sino también de toda Europa que esperaba una paz y seguridad duradera. Así, el tratado de Versailles se convierte en el principal factor externo que conspiró contra la democracia de la República de Weimar, la paz y la seguridad europea.

La época de las dictaduras europeas.

El fracaso de la República de Weimar está acompañado de otros dos fracasos de transición política desde un sistema autocrático a uno democrático: Rusia, bajo Kerensky; España, durante la II República. Estos tres fracasos democráticos: Rusia (1917), Alemania (1919-1933), España (1931-1936), abren paso a la época de las dictaduras en el sistema político europeo. El ciclo político de estas experiencias pasa por la revolución, contrarrevolución, guerra civil y, finalmente, consolidación

de la autocracia. La población civil de estos tres Estados es la que presenta también el mayor número de víctimas civiles.

II. Crisis Interna.

Democracia y Dictadura

Los historiadores han caracterizado la controversia político-doctrinal durante la República de Weimar como una disputa entre democracia y dictadura. Los dos principales actores de esta controversia fueron los juristas H. Kelsen y C. Schmitt. Kelsen escribe una monografía que ha devenido en un clásico de la teoría de la democracia moderna: «Vom Wesen und Wert der Demokratie» (1920), obra destinada a la defensa del ideario democrático que representa Weimar. Por su lado, Carl Schmitt en un concienzudo análisis histórico-jurídico de la Constitución de Weimar (1919), especialmente del Art. 48, que consagraba amplias facultades extraordinarias al presidente, realiza toda una apología de la dictadura como forma de gobierno en tiempos de crisis: «Die Diktatur» (1923). Esta obra de Schmitt es compleja en su análisis, pero como bien ha señalado el Historiador E. Nolte, constituye una defensa civil sutil de la dictadura política.

Conspiraciones e Intentonas Revolucionarias.

El centro político de Weimar -liberales, católicos, socialdemócratas- pronto se mostró inoperante para enfrentar y resolver los graves problemas de política interna y externa. A pesar que en las filas de estas corrientes se encontraban hombres de gran prestigio intelectual: Ebert, Stresemann, Schmitt, Guardini, Kelsen, Weber, Radbruch, etc. sus análisis quedaron reducidos a un exclusivo círculo elitista.

Paralelamente al análisis político intelectual se desarrolla la política de los hechos revolucionarios y contrarrevolucionarios: la conspiración subversiva de izquierda y de derecha. Para la izquierda el paradigma a seguir es la triunfante revolución bolchevique en Rusia. A fines de 1918, meses antes de inaugurada la República de Weimar, se suceden una serie de actos revolucionarios en la marinería y el ejército, proclamándose los consejos de soldados y obreros, según el modelo ruso de los Soviets. La acción revolucionaria de dirigentes de extrema izquierda como Eisner, Luxemburg y Liebnecht es decisiva. Pero, paradójicamente, estos mismos revolucionarios son abiertamente despreciados por el mismo Lenin. De

de igual modo estos teóricos se convierten en uno de los primeros críticos del socialismo que se comienza a construir en Rusia después de 1917. Más todavía, Rusia y Alemania -sus dirigentes- no tendrán ningún impedimento para cerrar el Tratado de Rapallo. Por este, Alemania mantendrá en estado de entrenamiento a parte de su ejército, y Rusia recibirá la asistencia tecnológica que requiere con urgencia. El tratado de Rapallo es una prueba irrefutable de la Realpolitik practicada desde un comienzo por el Comunismo, aun a costa del internacionalismo revolucionario. Esta actividad revolucionaria fue reprimida en Alemania por el hábil ministro Noske.

Pero no sólo la izquierda se dedicó a la política de la conspiración subversiva. También la derecha escoge el camino extraconstitucional para la lucha política. En 1923 fracasa el Putsch golpista de Hitler y Ludendorff. Hitler irá a la cárcel, para 10 años más tarde, en 1933, hacerse con el poder en forma legal y terminar con la democracia de Weimar. Aquí es necesario destacar la conducta de la justicia alemana. En efecto, si se actuó con severidad frente a las conspiraciones de la izquierda, no fue la misma actitud que se tuvo frente a la subversión de la derecha. Por otro lado, como señalaremos enseguida, la izquierda perdió inmediatamente a todos sus líderes revolucionarios, los que cayeron asesinados. La derecha los conservó en su casi totalidad. Esto permitió que Hitler pasara prácticamente de la cárcel al poder.

El Crimen Político como Instrumento de Lucha.

Un factor determinante en el proceso de inestabilidad política en Weimar fue el crimen político como instrumento de lucha. Este fue utilizado preferentemente o, si se quiere, con mejor efectividad por la derecha que por la izquierda. R. Luxemburg, K. Liebnicht, W. Rathenau, K. Eisner, M. Erzberger, entre otros, serán víctimas de esta práctica política. En esta etapa el crimen político es practicado por la derecha de un modo selectivo: eliminación de los dirigentes de izquierda. Pero será una experiencia clave que luego se aplicará masivamente en contra de todo tipo de oposición política, cuando Hitler acceda al poder.

El costo político del crimen como instrumento de lucha política fue elevadísimo: se creó no sólo la inseguridad social, sino también, y algo mucho más grave, se toleró por parte de la justicia la impunidad de tales conductas delictuales. Así, la justicia con su claudicación frente a estos hechos, abre paso a la institucionalización de la violencia como política terrorista de estado, como sucederá desde 1933.

Creciente Cesantía.

El costo de la I Guerra Mundial fue realmente insoportable para la democracia de Weimar. Si por una parte la constitución de 1919 garantizaba derechos sociales, constituyéndose así en una de las legislaciones más avanzadas de su época sobre el tema, no pudo empero conciliar la protección y garantía de esos derechos con la grávisima situación de la economía alemana. A esto se suma la suspensión de los créditos americanos, la escasa liquidez del capital, la caída de los precios internacionales, la suspensión de pagos del Darmstadt y Nationalbank de Alemania, inflación descontrolada. Las exigencias económico-materiales de Versailes fueron una de las causas principales en las altas tasas de desempleo que, a comienzos de la década del 30, alcanzaron su punto culminante: aproximadamente 6 millones de cesantes!

La desmovilización de las tropas alemanas no fue congruente con la adopción de un plan laboral que pudiese absorber toda esta fuerza inactiva después de la derrota de 1918. Tampoco el mercado fue capaz de regular satisfactoriamente la oferta-demanda de trabajo. Esta situación dramática de tantos millones de personas sin trabajo y sin pan fue el mejor promotor de los principios del nazismo. Agravado todo este proceso político con la Gran Depresión de 1929, la democracia de Weimar, su institucionalidad y sus principios doctrinales, perdieron poco a poco legitimidad frente a una población desesperada por la miseria material. Si sumamos a todo esto la incultura política del pueblo alemán, acostumbrado a la obediencia incondicional frente a los autócratas, a lo largo de toda la historia moderna, podemos entonces concluir que Weimar fue el sueño democrático de una elite.

Inestabilidad Parlamentaria.

La imposibilidad de desarrollar un programa económico-social más o menos aceptable dentro de las exigencias del Diktat de Versailes, tuvo como consecuencia la brevedad de los gabinetes entre 1919 y 1933. Desde Scheidemann (1919) a Brüning (1933).

Ciertamente ninguna política de Estado es posible de realizar con gobiernos tan efímeros. Así, se llegó a la convicción de que la política entendida en su forma democrática, parlamentaria y representativa no era capaz de resolver los problemas más acuciantes de la sociedad alemana. Esta convicción llevó a lo que historiadores y politólogos, como K. Bracher y K. Sontheimer, han denominado «irracionalismo político». Frente a la política de la negociación y de acuerdos, propia de

la democracia, se impuso, final y fatalmente, la ideología política en su forma más extrema: la violencia totalitaria.

Conclusión.

La Rusia de Kerensky (1917), la República de Weimar (1919-1933) y la II República Española (1931-1936) son los tres fracasos más graves de la democracia moderna Europea. Ya señalamos en otro punto que estos tres fracasos dieron paso a regímenes autocráticos, totalitarios y autoritarios. El de Hitler culminó «tempranamente, con un costo aproximado en vidas humanas de 60 millones de personas; el comunismo, todavía no totalmente caído en el mundo Cuba, China, Corea del Norte, etc.- ha costado aproximadamente entre 80 y 100 millones de vidas. Finalmente, la guerra civil española un cifra más «modesta»: 1 millón de muertos.

Estas tres experiencias fracasadas de la democracia moderna constituyeron no sólo un material fascinante de pesquisa para el historiador, sino también son experiencias riquísimas para la ciencia política. La caída del comunismo y la ambigüedad y debilidad del capitalismo en ocupar el vacío dejado por el colapso de los socialismos reales, abre un interrogante extremadamente complejo no sólo para Europa sino para el mundo: altas tasas de cesantía son incompatibles con la democracia y terminan por deslegitimarla primero, y destruirla después. Weimar es el paradigma. Hoy la comunidad europea tiene un sistema político democrático. ¡Pero también 40 millones de cesantes! Si la democracia es sustancialmente una forma de vida, como sostiene C.J. Friedrich, uno de los grandes politólogos del presente siglo, y víctima también él del fracaso de Weimar, la experiencia alemana de Weimar es una alerta para el futuro de la democracia en el mundo.